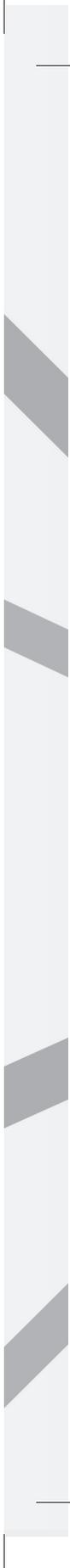




**Los recuerdos
vivos**



JOSÉ RIVAROLA

Los recuerdos vivos



Una vida legendaria entre la India y la Argentina.

Basada en hechos reales

 *Editorial El Ateneo*

Los recuerdos vivos

© José Rivarola, 2023

Derechos exclusivos mundiales de edición en castellano

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2023

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200 Fax: (54 11) 4308-4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Mónica Ploese

Producción: Pablo Gauna

Diseño: Marianela Acuña

Tapa: Estudio Sensible

1ª edición: julio de 2023

ISBN 978-950-02-1347-9

Impreso en Printing Books,

Mario Bravo 835, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en julio de 2023.

Tirada: 3.000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

Rivarola, José

Los recuerdos vivos / José Rivarola. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2023.

544 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1347-9

1. Novelas Históricas. 2. Novelas Realistas. I. Título.
CDD A863



A Rama, ese hermano mayor



*“The only people that interest me are the mad ones,
the ones who are mad to live, mad to talk, mad to be
saved, desirous of everything at the same time”.*

JACK KEROUAC, *On the Road*¹

*“–Oiga, ¿me deja usted subir? –pregunta al hombre
pelirrojo que lleva el volante.
–¿A dónde va?
–No sé... Bastante lejos”.*

JOHN DOS PASSOS, *Manhattan Transfer*

1. Las únicas personas que me interesan son los locos, los que están locos por vivir, locos por hablar, locos por ser salvados, deseosos de todo al mismo tiempo. *En el camino.*



Carta de Adelina del Carril de Güiraldes al poeta Nicolás Olivari:²

Bangalore, estado de Karnataka, India, 1946

Mi querido Olivari:

Asombro, alegría, tristeza, y ¿qué no?, me ha traído su carta. Tan cortada he estado de todos mis cariños en estos ocho años de cataclismo. Después de Pearl Harbor, casi dos años pasé sin comunicarme con nadie. He recibido cartas por avión que me llegaron un año y pico después de mandadas. Y aquí el peligro amenazante, porque sabrá usted que Bangalore posee la fábrica de aeroplanos más importante de oriente, organizada por los americanos, sobre todo para armar y componer los aviones averiados durante la guerra. Después de la caída de Malaya y Birmania vivimos en el terror. Los japoneses estaban a las puertas de la India, en Arakan. Estos años se me consumió el corazón de angustia en la ignorancia de lo que acontecería a mis queridos y en las islas Andaman, a un tiro de bala de sus bases. Bangalore quedó desierto, todo el mundo huyó, pero yo me tuve que quedar.

Pero eso es otra historia...

¡Ah, cuántas veces he sentido que debí haberme muerto con Ricardo y haber concluido con él ese maravilloso “poema” que fue nuestra vida!

2. El texto es original. Los textos originales que son citados en este libro no fueron intervenidos.

Pero... ¡quién sabe por qué!, Dios quiso prolongar la mía, ren- ga y sin objeto, al habérmelo quitado a él.

¡Si pudiéramos saber y comprender sus “por qué” y “para qué”! Pero aquí estamos cegados por las anteojeas de la ignorancia, dando vueltas y vueltas a la noria de la vida, uncidos a su malacate y agujoneados por sus rudos azotes hasta que caemos agotados de cansancio, sin esperanza de rescate...

Los hindúes explican que todo cuanto acontece es el “Juego de Dios”. Poética explicación a la que, sólo por el hecho de ser poética, le damos valor y merece que se le tome en cuenta. En cuanto queremos poner lógica y dar consecuente explicación, estamos perdidos. ¿Cómo explicar lo que no tiene explicación?

No se asuste, amigo mío; estos ocho años de soledad me han habituado a cavilar en un eterno e incansable soliloquio y quizá haya yo así perdido la medida del tiempo y del “tamaño de mi desesperanza”.

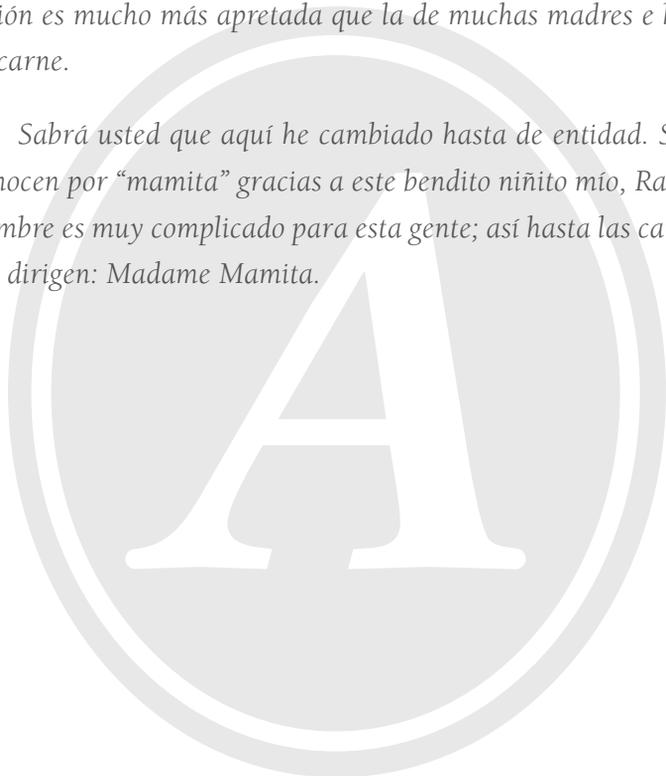
Alegría grande me da, porque yo los miro a ustedes, los muy queridos muchachos –compañeros de Ricardo– como a mis hijos, esos que el destino de mi vida me negó, pero que el amor de Ricardo me dio en ustedes... Por eso los seguí en todos sus entusiasmos, en todas sus tribulaciones con todo interés y con ese cariño de “madrecita” que ustedes me reconocen; y esto alumbra y calienta mi viejo corazón desterrado y desposeído.

Yo también aquí tengo un hijito de diez años, que no es mío, pero que adoro como si lo fuera. Tiene sus padres vivos y cuatro hermanos, dos niñas y dos varones.

Nada hice por tenerlo, me cayó del cielo para consuelo de mi soledad, y así lo tomé como regalo del cielo y mandado por Dios. Sin el interés de cuidarlo, me hubiera muerto de tristeza por no poder soportar el hambre de cariño de mi viejo corazón desmantelado.

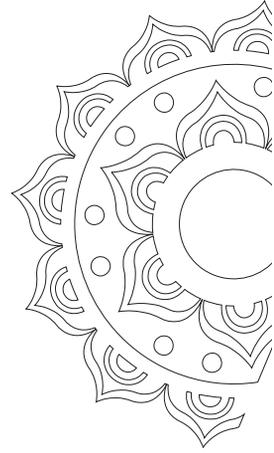
Es un niño hindú. Hace siete años que está conmigo y nuestra unión es mucho más apretada que la de muchas madres e hijos de la carne.

Sabrán usted que aquí he cambiado hasta de entidad. Sólo me conocen por “mamita” gracias a este bendito niño mío, Ramu. Mi nombre es muy complicado para esta gente; así hasta las cartas me las dirigen: Madame Mamita.





1



Anoche volví a soñar con Rama. Estaba con su bastón frente al lago y me gritaba: “¡No entendiste nada, has hecho un mamarracho de todo lo que te entregué, te pedí que escribieras sobre Mamita y te dije mil quinientas veces que yo no existo!”.

Me desperté discutiendo con el sueño, “te cruzaste en mi camino –le decía a Rama–, me dejé llevar y no pude hacer otra cosa”.

Amanecía en la ventana. Durante un rato acostado rememoré aquellos días del año 2000 en el Tamil Nadu; la casa en Tiruvannamalai cerca del Ramanasraman, la ventana y la mesita donde escribía la novela del éxodo *hippie* a Oriente en la década de los sesenta. Recordé los paseos por la zona, los quioscos de la carretera de Bangalore, los cafés con leche en vasos, aquellos *talis* que preparaba Jothi; el *ashram* de Ramana, la extraña paz que reinaba en el lugar, la sala de meditación en silencio, solo el ruido de los ventiladores. Recordé las vueltas sagradas a la montaña de Arunachala por la parte interna. Y el jardín Lila, donde Ananda y Gayatri, la pintora española, enseñaban a los niños de las casuchas más pobres a dibujar, a hacer figuras de papel maché, a pintar máscaras. Dos veces por semana me tocaba ser el monitor de teatro, y qué buenos momentos

hemos pasado: los gritos de alegría de los niños cuando escapábamos de la enorme ola imaginaria, cuando huíamos de las imaginarias ratas gigantes, cuando todos interpretaban el animal salvaje que más profundo sentían.



Tiruvannamalai, estado de Tamil Nadu, India,

SEPTIEMBRE DE 2000

Por la mañana estaba haciendo cola para comprar leche en la tienda de Vina, alguien me apretó el brazo. Era Gayatri.

–Hola, José, ven a comer al mediodía, que tengo invitados, dos paisanos tuyos; bueno, uno es típico argentino, el otro es indio de aquí, pero no veas, habla más argentino que tú.

–¿Qué vas a hacer de comer?

–Lo de siempre –dijo Gayatri–, *meals*,³ arroz con verduras y mucho *papadam*,⁴ que sé que te gusta.

A la una del mediodía dejé la bicicleta en el jardín de Lila y allí en el columpio de la galería estaban estos dos personajes tomando el té tan bueno que hace Gayatri.

–José, aquí tienes a tus paisanos, Carlos Lombardo y Ramachandra.

En el vago instante de la presentación, un tipo de pelo canoso con lentes de montura de oro me apretó fuerte la mano diciendo: “Carlos Lombardo”. El otro no se presentó, me apretó la mano: “¿Cómo estás,

3. En India del sur, un plato que todos comen al mediodía; consiste en arroz con verduras y botecitos con diferentes especias, también le llaman *tali*, que significa “bandeja”.

4. Pan plano y delgado típico de la cocina india.

viejo?”. Me hizo gracia, era el indio, un tipo alto, de barba cerrada, con un *kurta*⁵ de *kadhi*⁶ hasta las rodillas. Hablaba dirigiendo una orquesta con las manos, a la usanza india.

–Estamos en el *ashram* de Ramana por unos días y bien, che, nos pusieron al lado del coronel Chadwick, *Sadhu* Arunachala. Todas las noches lo escucho putear por los mosquitos. –No paraba de hablar. Me dijo que le daban la misma comida que cuando vino con Mamita y el monje Siddheswarananda, allá por 1944, cuando él era un chiquito–. La misma comida, che, arroz con *dal*,⁷ *ghee*,⁸ las verduras, el *kurma*.⁹ Siempre lo mismo, ¿sabés?, a veces extraño los choricitos.

–Dejate de joder, Rama, no parecés indio –se rio Lombardo–. ¿Viste la voz de gaucho que tiene este con esa cara? –me dijo.

Era cierto, Ramachandra hablaba como si estuviese en cualquier boliche del campo argentino, pero con cierto dejo de la clase estanciera. “Como un cajetilla agauchado”, diría Güiraldes. ¡Y esa voz salía de este hombre tan de la India! Era como ver una película india, cuyo personaje estuviera doblado por un argentino. Le pregunté cuánto tiempo había estado en la Argentina como para hablar así.

–Mirá, llegué a Buenos Aires en el año cincuenta y uno, y me vine hace poco, cinco años atrás, tengo sesenta y cuatro, así que agarrá y ponete a hacer los cálculos.

Mariposa, el perro de Gayatri, enloquecía ladrando a los monos que se acercaban a la cocina.

5. Prenda tradicional de la India y otros países de Oriente. Especie de camisa.

6. Hilado a mano y de tela tejida a mano, especialmente de algodón, propio de la India y de otros países de Oriente.

7. Tipo de legumbre sin piel.

8. Especie de manteca clarificada.

9. Curry de sabor suave.

–Imaginate que cuando volví a la India después de tantos años tuve que hablar en inglés con mis hermanos, porque se me había olvidado el *kannada*.¹⁰

–¿Te fuiste en el cincuenta? ¿En qué? ¿En barco?

–No, fuimos en un montón de aviones de aquellos cuatrimotores. Me llevó Mamita, que encima iba cagada de miedo porque no le gustaban nada los aviones y en esa época los viajes eran larguísimos. Daban unos saltos bárbaros, caían en todos los pozos de aire y se te ponía el culo en la garganta. Hicimos escalas en una punta de aeropuertos hasta llegar a París y en París nos quedamos una semana en el *ashram* de Ramakrishna. –Parecía ver los recuerdos por encima de mi cabeza–. Antes de salir para Buenos Aires nos sobraban diez francos y le dije a Mamita: “¿Qué hago con esto?”. “Comprate chocolates –me dijo–, que es lo que te gusta”: me dieron cualquier cantidad de chocolates y en el avión yo iba con la bolsa convidando chocolates a los pasajeros y comiéndome el resto, porque acá en la India solamente los ingleses comían chocolate. Y ¿sabés qué? –abrió los ojos–, ¡me los comí todos! Me empaché como una vaca, ¡tantos chocolates! ¡Bueeno! Al salir de Dakar nos agarró una de esas tormentas, ¿viste cuando el avión se sacude como un lavarropas? Y, ¿podés creer?, vomité todo. ¡Todo! Todo el chocolate por el pasillo. ¡Mamita se quería morir! “¡Qué asco!”, gritaba.

Gayatri invitó a Ramachandra, Rama, a ver sus pinturas en la sala y entonces le pregunté a Carlos:

–¿Este se fue con su madre a la Argentina?

–No, no. ¿Sabés quién es Mamita? Es nada menos que Adelina del Carril, la viuda de Ricardo Güiraldes.

10. Lengua oficial en el estado de Karnataka.

–Güiraldes, Güiraldes..., no te puedo creer. ¡Qué fuerte! ¡Güiraldes, el poeta! Es una de mis referencias, encima estuvo aquí en la India.

–Sí, pero de viaje de aventuras cuando era un pendejo, allá por el año diez. La que vivió aquí una punta de años fue Adelina y más o menos lo adoptó a este. Cuando venga, pedile que te cuente la historia.

Cuando Rama volvió de ver los cuadros, me pareció conocerlo de antes. El cambio se sintió hasta en el aire. Le hablé de *Don Segundo* y hubo como una ráfaga de la pampa en el mediodía de ese lugar, donde los monos seguían burlándose del perro. Le conté a Rama lo que había descubierto cuando volví a leer la novela en Caracas.

–El gaucho Don Segundo es un gurú, pero cantado, sin dudas, y Fabio es el clásico discípulo, se nota por todo el libro, hasta me atrevería a decir: un Krishna con su Arjuna.

–¡Exacto! –gritó Rama–, ¡al fin alguien que lo ve! Fabio lo declara su maestro ya en el segundo capítulo, cuando dice: “Me pareció haber visto un fantasma, algo que pasa y es más una idea que un ser”. Y a partir de ahí empieza el trabajo de ir sacando las mañas, como se hace con los potros después de las domas, para que el discípulo encuentre su verdadero ser.

–Claro, ahora me acuerdo de otro detalle: cuando Fabio pide ir al arreo y tiene miedo de que el patrón no lo deje ir. Y ahí Don Segundo se pone a mirarle los tobillos.

–Y le pregunta: “¿Dónde está la manea?” –apostilló Rama–. Te das cuenta, querido, no hay maneas, no existe ninguna atadura, las inventamos con la mente, por eso buscamos al gurú, porque basta una palabra suya para que nos miremos los tobillos y nos demos cuenta de que siempre estuvieron libres.

Hubo también un cambio de postura en Rama, irguió la cabeza y entornó los ojos como acompañando el enigma que desvelábamos.

–Nadie –dijo–, nadie en la Argentina sabe que Ricardo fue una suerte de Ramakrishna, un santo, y Mamita, su santa consorte, como Sarada.¹¹



–Ricardo Güiraldes, literatura gauchesca, nace en 1886 y muere en 1927, escribe poesía, prosa, pero su obra maestra es *Don Segundo Sombra*, que me lo van a leer para este fin de semana y el lunes tomo nota –anunciaba el profesor de Literatura.

Y los alumnos, todos:

–Uy, qué bodrio, profe, denos más tiempo.

–Nada, se lo leen rápido, es entretenido, después tocamos más el tema de la literatura gauchesca.

Empecé a leerlo el viernes por la noche y lo terminé el sábado por la mañana y leí nuevamente el final, cuando el personaje Fabio divisa la lejana figura de su padrino Don Segundo, que se empequeñece tras el espejismo del horizonte. Fabio, entonces, tira de las riendas de su caballo y dice: “Me fui, me fui como quien se desangra”.

La cuestión es que el libro me cayó justamente cuando yo andaba obsesionado por irme, por dejar al José cotidiano, al José del colegio, del aburrimiento casero, del tedio de la ciudad gris, del agobio del día a día, de las mismas voces que se repiten hasta la náusea para empezar con un José nuevo más allá del Río de la Plata. Un José vagabundo dispuesto a viajar por todos los países que había visto en el mapa. Y mi euforia subía a las dimensiones del viaje al leer que el personaje Fabio,

11. Śaradā o Sharada, compañera de Ramakrishna.

de diecisiete años, también abandonaba para siempre su yo aburrido y se lanzaba a la gran aventura de un nuevo Fabio que lo esperaba en la pampa para convertirse en gaucho. En el capítulo II Fabio se topa con Don Segundo Sombra en una encrucijada de callejones. Percibe el gaucho que respira libertad por toda su presencia. Un hombre que es como fauna de esa pampa, una referencia; la señal de un camino interminable. De modo que, en el preciso instante del encuentro, Fabio tiene delante el arquetipo que busca en la vida.

Cuando huye de su casa, de sus espantosas tías, va a caballo llevando el otro potro de tiro y se siente libre, y por primera vez en la vida ve un mundo nuevo y radiante: “Mis petisos parecían como esmaltados de color nuevo. En derredor, los pastizales renacían en silencio, chispeantes de rocío; y me reí de inmenso contento, me reí de libertad, mientras mis ojos se llenaban de cristales como si también ellos se renovaran en el sereno matinal”.

Y a partir de esta impresión quedé absorto al ver (porque ya no leía, veía) a los dos gauchos cabalgando hacia la inmensidad.

El libro me dio fuerte, diría yo, en el estómago del alma de viajero, y el 23 de marzo del mítico año sesenta y ocho subí al ferry *Los 33 Orientales* rumbo a Colonia del Sacramento, Uruguay, para emprender el camino que iba a todas partes del mundo.

Tres años después caminaba por el barrio Chacaíto de Caracas y encontré en la vidriera de una librería el *Don Segundo Sombra*. Lo compré y me lo llevé a mi cuarto con toda la nostalgia de pampa en la espalda. Quería ver gauchos arreando el ganado en medio de las polvaredas. Quería ver caballos atados en los palenques frente a una pulpería. Quería ver esos pueblos de casas chatas en medio de la inmensidad. Pero no me daba cuenta de que, después de esa vuelta por el mundo, quien leía era otro José, lejos de aquel colegial. De ahí la gran sorpresa cuando en

el capítulo II leí: “Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que es más una idea que un ser”. “Un gurú –dije–, este libro trata de un gurú y su discípulo”. La lectura continuó entonces salpicada de claves profundas de una enseñanza esotérica dentro de esa atmósfera tan real y vívida de pampa. El gaucho Don Segundo envuelto en el misterio de su pasado cabalga por un destino que ya conoce, como si él mismo lo hubiese escrito. Nada le sorprende, todo es aceptado, se maneja en una sagrada indiferencia, sin oponer la mínima resistencia. Enseña con pocas palabras, justas, que Fabio siembra en su conciencia como una semilla. Don Segundo tiene el poder de ahuyentar las fuerzas negativas sin dar ninguna explicación, tiene el poder de no asombrarse ante ningún contratiempo y su seguridad acompaña a Fabio en esa vida libre de los reseros que recorren las estancias de la pampa argentina.

Pero la señal que saltó a la vista fue la reflexión de Fabio acerca de la muerte tras presenciar la pelea de un amigo suyo, que se ve obligado a matar de una bestial puñalada a un forastero por una cuestión de infidelidades. Fabio dice: “Revisaba mi vida, la de mi padrino, la de cuanta gente conocía. Solo Don Segundo me daba la impresión de escapar a esa ley fatal que nos cacheteaba a antojo haciéndonos bailar al compás de su voluntad. Cuando todos estaban de ida hacia la muerte, él venía de vuelta”.

Y pensé que solo un chamán, alguien que está más allá de sí mismo, puede estar de regreso de la muerte.

Unos años después, en Barcelona, un argentino me dijo que Ricardo Güiraldes había estado en la India en 1910. Todo coincidía. Esa vez pensé investigar el caso y escribir un artículo que diera a conocer lo que Güiraldes había escondido en esa novela tan mal tachada de costumbrista, pero las distracciones de la época me llevaron a la desidia, dejando a Güiraldes en un rincón escondido de la memoria.



Por la mañana llegué al *bungalow* junto a la tumba del coronel Chadwick. Me anuncié dando palmas con un “Ave María purísima”. De adentro, la voz gaucha de Rama respondió: “Sin pecado sea concebida”.

Con un mate –la yerba se la había traído Carlos de Buenos Aires– y el termo bajo el brazo, a la uruguaya, los tres comenzamos a subir la montaña hasta el lugar preferido de Rama, según me dijo, desde donde podíamos ver el valle y el lago de la ladera sur, y las lejanas casas dispersas en la llanura. Nos sentamos en unas rocas planas. Rama preparó el mate. Mateando (quizá nadie en la historia de la montaña había tomado mate allí), Rama empezó a hablar de Mamita.

Adelina y Ricardo Güiraldes habían decidido viajar a la India para encontrar la espiritualidad que, según decían, no veían en Occidente, pero Ricardo murió en París en 1927 de un cáncer de ganglio. Adelina, a quien Rama había bautizado “Mamita”, enterró a Ricardo Güiraldes en San Antonio de Areco; posteriormente se hundió en una tristeza infinita, perdió la mitad de la vida, o más, decía Rama, esto lo confesaba Mamita en algunas de sus cartas al poeta Olivari y a Dávalos. Algunos años más tarde, fundó una sede del *ashram* de Ramakrishna en Bella Vista, en la provincia de Buenos Aires, y esto la ayudó a levantar el espíritu, aunque nunca superó la muerte de su Ricardo. En 1937, como devota de Ramakrishna, llegó a Calcuta para el Congreso Mundial de las Religiones, donde dio una conferencia sobre Ramakrishna y Vivekananda. Entonces decidió quedarse allí, porque decía que el alma de su Ricardo estaba en la India.

–Pero la pobre no estaba bien de salud –dijo Rama– y los monjes le aconsejaron que se trasladara a Bangalore. No sabés a la barbaridad de

grados a que puede llegar Calcuta; Mamita se instaló en una casa a unas cuadras del *ashram* de Ramakrishna y cada día iba al *math*¹² a meditar, a colaborar con cualquier tipo de trabajo. Pero, cuando llegaron los meses de calor, el monje prior Tyagyshanda Brahmachari le dijo: “Señora, no dé tanta vuelta para llegar al *ashram*, tome un atajo por el jardín de los Gowda, una familia muy querida del *ashram*. Es esa casa, ¿la ve? La del tejado rojizo. Vaya usted y dígales si puede pasar cada día por su jardín y estarán encantados”. Y bueno, mi padre, al verla, quedó prácticamente flechado, es que la personalidad de Mamita... ¡desbordaba!

Soltó una carcajada abriendo la boca, sorbió el mate y se lo pasó a Carlos.

–“Cómo no, señora, cuando guste, le dijo mi padre, no solo pase, quédese para un té y para comer; esta es su casa”. Mi padre era un gandhiano de aquellos, un escritor, un poeta con todos los principios humanistas. Así que imagínate lo que significó esta mujer para él; viuda de un escritor sudamericano, a papá se le abría todo un horizonte... ¡tan rico! Y ahí andaba mi viejo, cada día pendiente, esperando ver a Mamita cruzar el jardín para iniciar una charla.

”Una mañana, cuando Mamita pasaba, yo estaba jugando con unos palitos en el pasto. Se detuvo..., yo tenía solo cuatro años y me acuerdo patente del sombrero grande y blanco, de los ojos tan verdes. Me miró y me extendió la mano... y ese gesto, solamente, fijate lo que es el destino, solo el gesto de darme la mano... y las palabras... “Venite conmigo, qué chiquito más lindo”... sucedían en ese preciso instante para cambiar el rumbo de mi vida.

”Según me cuentan, una vez que mis padres no venían por la noche me fui a la casa de Mamita y ya no volví a dormir en otro lado. ¡Y los

12. Centros de la sociedad de Ramakrishna.

viejos, encantados! Para ellos Mamita era como mi abuela. Para ella... –se quedó pensativo– yo empezaba a ser el hijo que siempre quiso y nunca tuvo. Todo, me enseñó todo, a leer, a escribir. ¡Y cómo me cuidó cuando me vino aquella enfermedad tan rara! Y también se hizo cargo de mi educación, ¿sabés?

Carlos me pasó el mate.

–¿Te enseñó español?

–Sí, pero no me acuerdo de esos detalles. –Rama frunció el ceño–. A mí me contaron que a los cuatro años yo hablaba perfecto español y por esa época empecé a llamarla “Mamita”. Por ahí fue ella la que me dijo un día: “Aquí está su mamita, m’hijito”, esas cosas que traía de su lenguaje de allá, y así fue como todos los monjes y los devotos la llamaron Mamita; si preguntás por Adelina, nadie la conoce, pero andá al *ashram* de Bangalore y preguntá si se acuerdan de Mamita y vas a ver cómo te hablan de ella.

Le pasé el mate. Delante de mí comenzaba a gestarse una historia insólita que brotaba de dos países en los polos opuestos del planeta. A partir de aquellos resplandores de la infancia en Bangalore, Rama dio un salto a Buenos Aires y se largó a hablar como caballo desbocado mezclando personajes y episodios que la mente soltaba ahora sin ningún orden cronológico. Llovían lugares, San Antonio de Areco, Quequén, Epuayén; nombres de personas, como si yo las conociera de siempre; hablaba de Luis María Andrada, hablaba de Albertina, decía: “Albertina, mi segunda madre”; hablaba de Jorge, de Ingueborg, de Ana, de sus hijos, Ramlal, Marcos, Haridas; de María, de Shanti, del trabajo en Interlab; hablaba de Camilo Cagliani. Se enfurecía con un tal Comodoro, que había mutilado la obra de Ricardo. Yo escuchaba entre espantado y divertido aquel *collage* de personajes mientras mi cabeza jugaba componiendo imágenes. Veía a Adelina como una mujer pelirroja, sentada

en un sillón tapizado, mirando las *Obras completas* de Güiraldes: “Este es un Ricardo sin ojos, sin brazos, sin orejas”, decía Adelina. Rama me hablaba de un remate en el que intervenían matones. Imaginé al tal Ovalle, un tipo que amenazaba a un Comodoro. Vi la calle Corrientes; los coches de los años sesenta y la gente acudiendo a una casa de subastas. En un momento hizo un cambio brusco y se centró en Güiraldes, repetía su nombre como un mantra.

—La Argentina tiene que evolucionar una cantidad de reencarnaciones para entender el mensaje de Güiraldes, porque los argentinos siempre buscaron ejemplos en patrones europeos, cuando ahí mismo tenían la actitud gauchesca que Güiraldes les señaló como una puerta. Esa puerta, querido, se abre hacia el campo, sí, ese campo que menospreciaron hasta tal punto que llaman pajueranos a los gauchos, de pajuera. ¿Sabés lo que significa eso? Un *apartheid*, ni más ni menos, viejo. *Semblanza de nuestro país*. Tenés que leer ese libro. Yo lo armé e hice que se publicara. Tiene los artículos de Ricardo que a su sobrinito querido, el Comodoro, le dio por censurar.

El mate siguió dando vueltas hasta que se lavó. Rama estaba en un tren de palabras; no podía parar. Hablaba de Victoria Ocampo, de Delia del Carril. Entre las imágenes confusas que evocaba vi a Pablo Neruda sentado junto a Matilde Urrutia en el rincón de un bar y, allí en la puerta, a Rama, más flaco, con una cabeza angular, mirando sorprendido: “¿Qué hace tío Pablo con esa mujer?”. Yo no me animaba a pararlo porque el hombre parecía haber entrado en una especie de trance, viendo un poco más arriba de mi cabeza eventuales secuencias de su vida.

Lo que sigue podría despertar la envidia de cualquier devoto de Ramana, de aquellos que hoy se quedan extasiados frente a la tumba del santo. Porque Rama lo conoció muy bien en 1944, a sus ocho años de edad, cuando Mamita lo llevó al *ashram* de Tiruvannamalai

y se quedaron más de un mes. Entonces, Ramana les enseñaba a los niños el *Amara-kosha*,¹³ y una mañana Rama lo acompañó a subir a la montaña dirigiéndose al desencuentro que lo marcaría de por vida. Cuando íbamos subiendo por el sendero, Rama nos señaló una roca y nos dijo:

—¿Ven esta roca?, aquí Ramana me dijo: “*Ingué*”, que en tamil significa “aquí”, “no te muevas, ¿has oído?, de aquí no te muevas”. Y se fue, no sé adónde, posiblemente a orinar, y yo ahí sentadito veo de pronto a una chica de mi edad que pasa corriendo hacia el bosque. Abandoné la piedra y la seguí desesperado, gritando “¡cuidado que ese bosque está lleno de leopardos!”; pero la chica desapareció. En el ínterin Ramana volvió y, al no verme en la piedra, subió por el sendero a buscarme, entonces yo regresé a la piedra y al no ver a nadie me quedé esperándolo un largo rato. Fue eterno, me dio miedo; la soledad tremenda del lugar, los ruidos podían ser de leopardos. Así que, cagado, bajé al *ashram*, sin tener idea de que el Maharshi andaba por el monte gritando “¡Ramuuu, Ramuuu!, ¿dónde estás?”.

”Los devotos, al ver que el santo no aparecía por ningún lado, empezaron a desesperarse: “¿Adónde se ha ido?, me preguntaban, ¿estaba contigo!”. “No sé, les decía, se fue y no lo vi más”. Pensé que esos tipos me iban a agarrar por el cuello. Recién después de varias horas bajó Ramana. No te das una idea de cómo se puso cuando me vio. Inició una danza de Shiva agitando el bastón, furioso, como si me fuera a partir la cabeza, y yo con un miedo bárbaro. No me daba cuenta de que todo aquello era *maya*,¹⁴ que la bronca que me tiraba Ramana era teatro, porque el desencuentro era una especie de iniciación que me hacía el maestro. Y esta es la piedra con la que siempre sueño, ¿sabés? En los momentos de mi vida en que caí en esas depresiones que te dejan tirado con ganas de morirme,

13. “Tesoro de Amara” o “tesoro inmortal”. Glosario de raíces en sánscrito.

14. Ilusión.

se me aparecía esta piedra en el sueño y Ramana Maharshi diciéndome: “*Ingué, ingué*. De aquí no te muevas”. Entonces me despertaba flotando en una rara felicidad y el problema desaparecía. Todo era comprendido con una lucidez inexplicable, lo que antes veía como adversidad no era más que una nueva puerta que se abría en el camino.



Hacia el mediodía, Carlos y yo, con cafés con leche; Rama, con un té y un cigarrillo, sentados en el puesto de Jhoti, mirábamos en silencio el árbol sagrado al otro lado de la carretera. Los *sadhus*¹⁵ se habían reunido allí y discutían como socios de un club. Pasó un autobús haciendo sonar una bocina que aullaba, pasó un camión con bocinazos aún más estridentes, del lado opuesto venía un carro tirado por bueyes de astas pintadas de azul y cascabeles colgando de los pitones.

Le dije a Rama que todavía no había entendido la historia, pero que la veía emanar como una fuente y que me había raptado por entero. Le dije que había pensado en hacer un trabajo sobre el caso, pero que tenía que informarme con cierto orden. Él había pensado en un artículo, pero yo venía imaginando un libro y también visualizando escenas de una película.

–Te venís conmigo a Bangalore –determinó– y allí te doy todo, documentos, fotocopias del Diario íntimo de Ricardo, cartas, te lo traés todo para acá y empezás a trabajar. Ya ves, la montaña de Arunachala no falla, te eligió para hacerte cargo de esta historia, pero ¿sabés una cosa? No te hacés una idea del lío en el que acabás de meterte.

15. Renunciante. El *sadhu* abandona sus pertenencias, su familia y con un cuenco de mendicante recorre los lugares sagrados de la India.



En un taxi Ambassador gris recomendado por el *ashram* emprendimos el viaje a Bangalore por una carretera estrecha. Pasamos por arrozales como espejos que reflejaban las palmeras, pasamos por pueblos atiborrados de humanos y vehículos. Durante el viaje, Rama no paró de hablar contando recuerdos de Mamita en la India. Hablaba de una mujer llamada Soughbaya que la había servido durante todos esos años.

—Una belleza de chica y la vieja la quería como a una hija, le enseñó a hacer platos occidentales, porque ella nunca se acostumbró al picante. La vieja siempre siguió siendo occidental, no como tantos otros que vienen aquí y a la semana se disfrazan de indios. Mamita nunca se puso un sari, en los once años que estuvo aquí conservó su personalidad, tenía una cantidad de baúles con todas sus ropas y cada mañana se vestía con un modelo diferente y salía tan elegante por las calles, con su gran sombrero, y todo el mundo se paraba a mirarla, ¿sabés? Lo que le asombraba a la gente eran sus ojos verdes, grandes ojos, en una mirada cálida y fuerte. Cuando le preguntes a alguien que la haya conocido, vas a ver lo que te dice de sus ojos.

Por la ventanilla del taxi discurrían los campos de Karnataka, las mujeres agachadas trabajando en los arrozales, la infinidad de cuervos picoteando las semillas, y yo seguía con mi imaginación de cine: una mujer de sombrero gris claro con un vestido de la época, cubriéndose del sol con la mano en la frente. La mujer caminando hacia el *ashram*, los niños en la calle que dejan la madera del *cricket* y la siguen: *Namaskar, namaskar!*¹⁶

16. Saludo indio.

–Estaba pensando –le dije a Rama.

–Mirá, piensa –le dijo a Carlos–, no es mal síntoma.

–Estaba pensando –proseguí– en lo que sería la India de aquella época, porque la India que yo vi en el setenta y uno no tiene nada que ver con la de hoy y ni me imagino lo que habrá sido cuando estaba Mamita.

–La India era hermosa y a la vez bestial, y Bangalore era una maravilla. Mamita estaba muy bien, solo sufría una barbaridad cuando venían las épocas de calor, pero en Bangalore todo era más suave.

–Qué bueno haber vivido esa época, pensar que conoció a Ramana, a Tagore, estuvo en la independencia, lo que habrá sido eso, ¡qué fuerte!

–¿Sabés?, a eso los indios le llaman el destino planeado por la divinidad, por Ganesha, que lo arregla todo. El *lila*,¹⁷ viejo, mirá esto, atendé: en el momento en que Mamita se enamora de Ricardo, los dioses le están preparando su llegada a la India, ya están reunidos, como si estuviese escrito en un guion, y le están eligiendo su casa cerca del *math* de Ramakrishna. Y lo mismo me pasó a mí, en el momento en que Mamita me encuentra en el jardín y me da la mano, los dioses me están preparando mi cueva en la Patagonia y toda una historia que te va a costar sangre armar.

Dicho esto, lanzó esa carcajada abriendo su boca de pocos dientes.



La primera noche íbamos a dormir en la casa de Indira, la hermana mayor de Rama, en las periferias de Bangalore. Al oscurecer, el taxi se detuvo delante de un portón donde nos esperaba el chofer de Indira

17. Juego de Dios. Todo suceso en la vida está ya predeterminado por la manifestación del Absoluto como un pasatiempo de la creación.

con un *jeep*. “La propiedad tiene cuatro hectáreas con todo tipo de vegetación”, explicaba Rama cuando el *jeep* tomaba por un camino de tierra bordeado de árboles. A lo lejos resaltaban vagas formas de casas o depósitos. Bajo la luz mortecina del porche de la mansión, una mujer de pelo blanco y sari estampado nos esperaba cruzada de brazos, muy sonriente.

–Esa es Indira –dijo efusivamente Rama–, mi hermanita del alma.

Nos quitamos las sandalias en la galería y pasamos a una sala amplia de techo alto. Había grandes ventanas abiertas a los árboles de la noche. Indira nos invitó a sentarnos en el sofá. Un sirviente trajo la bandeja del té con galletas, para seguir la costumbre del sur de la India. Indira miraba a Rama con esa alegría que siente una hermana mayor hacia el pequeño, lo seguía viendo como el niño travieso de ocho años de edad.

–Sí –dijo Indira–, era muy travieso, se subía a todos los árboles y se escapaba cuando podía. A los seis años ya hablaba muy buen español y a nosotros, los hermanos, nos causaba risa oírlo hablar en esa lengua, también nos daba envidia, nos molestaba mucho cuando Rama le decía a Mamita cosas que nosotros no entendíamos. Y cuando le preguntábamos qué había dicho, él hinchaba el pecho con el mentón alto y nos decía: “¡Cosas nuestras!”. Éramos cinco hermanos, solo quedamos tres, Shanti y Keshava murieron. Mañana vas a conocer a Kiti, nuestro hermano menor, el que siempre se pelea con Rama, pero Rama lo está cuidando, porque Kiti tiene una infección incurable en el pie.

–¡Cinco años llevo en su casa! –dijo Rama alzando la voz–. Lo atiendo, le doy las inyecciones y me enchufo en la *notebook* con el tema de Güiraldes, a sacar las antologías.

Carlos Lombardo se puso a recorrer la sala con un entusiasmo que rayaba en la protesta.

–Yo ya estuve aquí la otra vez –dijo–. Esto es espectacular, no te entiendo, Rama, yo que vos me quedo acá y no vuelvo más a ese quilombo de país que tenemos.

Indira lo llamó a Carlos para enseñarle el cuarto donde iba a dormir, entonces Rama encendió un cigarrillo y me dijo:

–Mañana vos vas a dormir en mi cuarto en la casa de Kiti, Carlos y yo vamos a alojarnos en una residencia del *ashram* de Ramakrishna por una semana. Escuchame una cosa, si querés que mi hermano te considere un tipo inteligente y magnífico, tenés que decirle que Rama es un vago, un atorrante y un inútil. Si le decís eso, te lo metés en el bolsillo y te va a tratar como a un príncipe.

No me dio tiempo a preguntar el porqué de esto cuando se lanzó desbocado a hablar sobre Güiraldes:

–Su obra se la debe a la potencia inspiradora que fue Mamita. No solo para él, sino para los escritores jóvenes que se iniciaron con la revista *Proa*: Jorge Luis Borges, Alfredo Brandán Caraffa, Pablo Rojas Paz, los hermanos Enrique y Raúl Tuñón, Roberto Arlt, Nicolás Olivari, toda una lista de alto nivel...



Dormí en una especie de catre que había en la habitación cerca de la sala. Dormí como si hubiese puesto el cuerpo a planchar. A las cinco de la mañana Rama me despertó.

–Vení, vamos a tomar unos mates, tengo que hablar con vos.

Me vestí rápido sin protestar, intuyendo un camino que aún no percibía. Encontré a Rama en la cocina calentando la pava, mirando circunspecto el fuego, su *kurta* de *kadhi* se elevaba en la panza redonda de arroz que les suele salir a los indios a partir de los cuarenta.

Nos sentamos con el termo y el mate. Rama volvió a mirarme desde una distancia en la que podía adivinar aquel Buenos Aires donde le esperaba el conflicto.

—Quiero estar seguro de que no vas a hacer un mamarracho de todo esto. Quiero que seas consciente de que no estamos tratando un artículo más ni un tema para entretenerte por un tiempo. ¿Entendés? Yo estoy dispuesto a pasarte documentos que no los tiene casi nadie, vos te los llevás a Tiruvannamalai, te los estudiás bien..., abrís la cabeza dándote contra la pared si es posible y que te entre en el entendimiento el alma de esta pareja de santos que hubo en la Argentina y que hoy están ocultos tras una serie de clasificaciones ¡ridículas! En las escuelas a él se lo tacha de escritor costumbrista de lo gauchesco. A ella ni se la menciona, salvo los estudiosos y biógrafos de la obra de Güiraldes, que más o menos la conocen; el resto no tiene ni idea de quién fue Adelina del Carril. Y la faceta mística y política de Ricardo Güiraldes quedó vedada justamente por el hombre que se encargó de divulgar su obra.

—¿Quién fue?

—El que armó las *Obras completas* de Ricardo Güiraldes fue su sobrino, a quien de chico lo llamaban el “Tacho” y después el “Comodoro”, porque fue comodoro de la fuerza aérea, un militar argentino. Así que te podés hacer una idea de la censura que hubo en toda su obra, y este que ves acá tomando mate fue el culpable de que esa obra mutilada saliera a la luz.

—¿Vos?

—Sí, yo, aquí, cumpliendo mi pena y mi pecado, llevo años de trabajo intenso, duro, y no te imaginás las penurias que he pasado desde que murió Mamita, duro, viejo, hace falta elevarse a una altura cósmica para entender la vida que quedó plasmada en tantos papeles, papeles que yo entregué al demonio, con una inocencia despampa-

nante. Y así fue como salieron las obras mutiladas. Mucho de lo profundo y todo lo que no convenía políticamente estaba censurado. Cuando Mamita revisaba la publicación lloraba y decía furiosa: “Este es un Ricardo sin ojos, sin brazos, sin orejas”.

–Pero todavía no entiendo qué pasó –le dije medio dormido y le di el mate para que le pusiera más yerba.

Por la ventana amanecía la India con su eterno sonido de cuervos.

–Mi trabajo en la vida es remendar ese error, sacar a la luz la obra de un hombre que no se repite y menos en ese país, y una vez que cumpla con esto, seguiré con la obra de ella, porque días antes de su muerte Mamita me pidió que no publicara ni uno solo de sus papeles hasta que no reflotara la obra completa de su Ricardo. Esto te lo cuento para que seas consciente de adónde te estás metiendo, si vas a escribir sobre Mamita, tenés que empaparte de su alma y del alma de su hombre, que, como queda claro en una unión de avatares, eran una sola alma.